

¿Por qué se dejó en libertad a los terroristas?

Por Freddy Sarmiento Betancourt (*)

Lo peor que nos tocó vivir, fue el terrorismo. Esta lacra de desadaptados que se agrupó para dinamitar las bases de nuestra democracia, actuó con impunidad, durante sus primeros diez años, infiltrando sus cuadros políticos, minando la conciencia de jóvenes universitarios que, por su edad y su transparencia, fueron presa fácil de sus prédicas violentistas. Se expandieron por el campo, especialmente en las zonas rurales más pobres y olvidadas por el Estado. El presidente Fernando Belaúnde creyó, por los ochenta, que se trataba de unos abigeos que se desplazaban por las comunidades para asustar a indefensos campesinos.

Sendero Luminoso crecía así, al amparo de la inacción de las autoridades del gobierno, a lo que se sumó una incorrecta estrategia policial y, luego, militar, en sus años iniciales. El primer gobierno de Alan García no hizo mucho en la lucha eficaz contra el terrorismo creciente, hasta que concluyó su mandato, sin mayores logros que recordar. Entretanto, las acciones criminales de este grupo terrorista se multiplicaba y la población vivía no sólo desconcertada, sino atemorizada por la insania terrorista. Las muertes eran cosa de todos los días, especialmente en las comunidades andinas, siempre alejadas del Estado y de los reflectores mediáticos.

Ferocidad

Cómo olvidar las torres de alta tensión que caían, como naipes, en las cordilleras, por acción salvaje de estas hordas, cómo no recordar los coches-bomba en las ciudades, que dejaban muertes, sangre y dolor, enlutando a cientos de hogares en buena parte del territorio nacional. Los apagones ya eran parte de nuestra realidad, las velas y lámparas sustituyeron a la luz de neón y casi ya parecía un hecho cotidiano, ante el cual nos teníamos que resignar. Las pérdidas humanas y materiales fueron en aumento. Nunca se sabrá, a ciencia cierta, cuántas víctimas nos dejó el terrorismo, aún cuando una controvertida estadística de la Comisión de la Verdad y Reconciliación arrojaba 69,280 personas víctimas por acción de los grupos terroristas y de acciones aisladas de las fuerzas policiales y armadas, a quienes encargamos combatir a esos grupos. Estas cifras, según dicha comisión, superan el número de pérdidas humanas sufridas por el Perú en todas las guerras externas y guerras civiles ocurridas en sus 191 años de vida independiente.

Así de grave fue la presencia del terrorismo para el país. Hasta que llegó al gobierno Alberto Fujimori y le declaró política y militarmente la guerra abierta y franca al terrorismo, con el beneplácito de la población. Esta actitud, contó con el respaldo de los más humildes que, en el campo, habían sido las víctimas mayores del accionar terrorista. Fujimori —y hay que decirlo, le duela a quien le duela— replanteó la lucha antiterrorista, apoyó resueltamente a nuestras Fuerzas Armadas y Policiales en su misión, fortaleció las organizaciones del campo y las rondas campesinas empezaron a desarrollar luchas valerosas enfrentando a SL y al MRTA sin temor y más bien, con

entusiasmo. En las ciudades fueron cayendo sus más altos dirigentes, cuyo avance culminó con la captura de Abimael Guzmán, acción que fue considerada como la captura del siglo. Hace, precisamente unos días, los peruanos celebramos los 20 años de dicho hecho histórico.

¿Qué ocurrió después?

Durante el gobierno de transición de Valentín Paniagua y después durante el período de Alejandro Toledo, se cambiaron, las reglas de juego y los terroristas que habían ido a dar, con sus huesos, a las cárceles del país, empezaron a recibir un trato más benévolo, mucho más comprensivo y se les abrieron las puertas de los centros de reclusión, para que salgan en libertad, con sanciones más benignas, a tal extremo que el ex presidente de la Corte Superior de Lima, Marcos Ibazeta, declara indignado: "...yo me molesté cuando Sendero le hace creer al gobierno en el 2000, que luego del Acuerdo de Paz "viene la reconciliación" y el ministro de Justicia de entonces, Diego García Sayán, empieza a darle charlas a Abimael y su cúpula y a flexibilizar las condiciones carcelarias. Mientras que, por otro lado, la Comisión de la Verdad y Reconciliación, con sus conclusiones, empezó a demoler a las FFAA". **Según cifras de la Dirección Contra el Terrorismo, 514 terroristas salieron libres durante el gobierno de transición de Valentín Paniagua y alrededor de 2,300 durante el gobierno de Alejandro Toledo.**

Es decir; el mundo al revés. Los terroristas en la cárcel o fuera de ella, sí seguían siendo peligrosos y, sobre todo, organizados. Mientras los gobiernos que le sucedieron al de transición, bajaron la guardia y flexibilizaron las normas para soltarlos a las calles a miles de estos terroristas, como ocurrió, mayormente, durante el gobierno de Toledo, los subversivos se reagrupaban y volvían a la lucha política y criminal, infiltrando sus nuevos cuadros en las universidades, en los sindicatos y en las filas del magisterio, como pudimos observar en la última huelga magisterial, con la presencia del Conare, apéndice del Conadef. Promueven asonadas callejeras y generan disturbios sociales, porque es su escenario ideal. El propio Marcos Ibazeta recuerda que los mismos senderistas le dijeron que "volverían", porque "las condiciones de marginación y explotación se agudizarían, los mismo que la violencia social".

¿Qué hacer?

Este es el escenario actual. No tenemos que descuidar la lucha antiterrorista, aunque, a la luz de sus actos, ahora el terrorismo se presenta aliado del narcotráfico, un flagelo, igualmente, peligroso para el país. Los poderes públicos, las universidades, los colegios, las organizaciones gremiales, los partidos políticos, las instituciones de la sociedad civil, la prensa, todos tenemos la obligación de desenmascarar a las nuevas organizaciones de fachada del terrorismo, que se presentan, ahora, bajo un discurso de lucha por la amnistía política, la pacificación y la reconciliación nacional. No debemos pasar por alto el discurso camuflado de los mercaderes del terror, aunque

vengan disfrazados de maestros o de candorosos jóvenes universitarios, ganados por el fanatismo o la justicia social.

El gobierno del señor Humala tiene la responsabilidad de proponer al país, las estrategias político-militares más adecuadas en esta lucha. Y decirnos la verdad, por sobre todas las cosas, lejos de ensayar falsas recuperaciones de niños atrapados por el terrorismo o convertir en hechos victoriosos sus clamorosos fracasos, como ha ocurrido, recientemente, con una niña asesinada de por medio.

(*) Presidente de la Comisión de Producción, Micro y Pequeña Empresa y Cooperativas del Congreso de la República.

(Publicado en el diario DelPaís el 19/09/12)